

José de Belén

Gonzalo Rodas Sarmiento

(quinta parte)

23.- José en Séforis

Un día llegó hasta mi casa un emisario de un hombre importante. Me pidió que me trasladara hasta Séforis por un tiempo porque su señor necesitaba ampliar la casa. Fue grato sentirme reconocido y que se hayan fijado en mí para encargarme ese trabajo tan importante. A la vez me dio un poco de aprensión.

Ya antes de eso, había tenido trabajos en Séforis porque allá está empezando a haber construcciones, pues el rey se ha propuesto hacer surgir esa próspera ciudad y convertirla en la capital de Galilea. Eso, después que el ejército romano la destruyó, hace algunos años, para sofocar una rebelión. Fue tremendo, si hubo cientos de crucificados, según me contaron cuando volví de Egipto. Ahora, Séforis está renaciendo de las cenizas.

Ese pueblo tiene que ver con los griegos, ya que éstos siempre llegan a Séforis. Muchos de ellos tienen dinero. Otros vienen en busca de trabajo, ya que lo hay.

Estando tan cerca, me convenía hacer trabajos en esa ciudad. Codo a codo con los griegos, he aprendido algo de su idioma, y he llegado a apreciarlo. Algunas veces me ha acompañado Jesús, cuando es por corto tiempo. El aprendió el griego antes que yo. Bueno, por algo él es muchísimo más joven.

Mientras me preparaba para el viaje, vi que Jesús también preparó sus cosas. No me pareció muy bien eso, porque a pesar de que me había ayudado en varias oportunidades, este nuevo trabajo iba a demorar varios meses. Aún no tenía ni diez años, y consideré que lo más adecuado era que ahora se quedara en casa. Así se lo dije, pero insistió con argumentaciones difíciles de contestar. Asumí que Jesús estaba más grande y que sería de gran ayuda para mí. Lo conversé con María y ella me hizo ver sus temores. María estaba pasando una etapa de mucho nerviosismo por lo que podría pasarle a Jesús. La tranquilicé haciéndole ver la misericordia de Dios. Le dije que tuviera fe, que todo iría bien. Siempre era María la que me decía estas cosas. Ahora fui yo quien tuvo que decírselas a ella.

Finalmente, ella aceptó, así que partí a Séforis con Jesús, y estuvimos casi dos meses viviendo en un verdadero palacio. Jesús estaba fascinado, y aprendía todo sobre esa realeza ficticia.

Terminada la construcción, me pidieron hacer un sitial grande y recargado de adornos, para el dueño de la lujosa vivienda. Parecía un trono real. Cuando lo tuve listo, el día antes de volver a Nazaret, me di cuenta que los largueros me quedaron cortos y que el trabajo no resultó de acuerdo a lo que me habían pedido. Me deprimí tanto que esa noche no podía dormir. Recordé todas las veces que algo me ha salido mal, pero nunca fue tanto como esta vez. Tenía miedo de que el señor

se molestara porque habría que hacer el trabajo de nuevo. Probablemente yo mismo tendría que correr con el gasto en nuevos materiales. No sabía cómo salir de esa desagradable situación.

-No te dejes abatir -me dijo Jesús. No sé de dónde saca serenidad, y palabras difíciles, además -, si todo tiene solución.

Es admirable este niño. Movi6 un par de palos, sacaba una tabla de un lado y la ponía en otro. Juntos trabajamos esa noche arreglando el sitio y nos qued6 perfecto. Es que Jesús tiene una habilidad especial para adaptar la madera a cualquier circunstancia. No sé cómo lo hace. De repente me parece que alargara los palos. ¿Qué haría yo sin él?

24.- José y los juegos de Jesús

Después de llegar de vuelta a Nazaret, y antes de cumplir los diez años, Jesús tenía un grupo de muchachos amigos y logró introducir entre estos chicos muchos juegos nuevos. Yo los escuchaba desde mi taller.

También Jacob y Judas jugaban con Jesús, pero no Simón, ni Josetos, que son más grandes.

-Démonos un rey -les dijo. Inmediatamente, ellos extendieron sus capas en el suelo, y Jesús se sentó encima. Tejieron una corona de flores y ramitas de laurel, y la pusieron sobre su cabeza. Se colocaron junto a él, formados en dos grupos, a derecha e izquierda, como chambelanes que se mantienen a ambos lados del monarca.

Pero lo lúdico no quedó ahí. Acostumbraba a jugar al rey todos los días. Por turno le tocaba a cada uno ser rey y sentarse en un improvisado trono, caminar por sobre las capas que los amigos ponían para él en el suelo. El que hacía de rey daba órdenes en cuanto a ir a alguna parte, cómo continuar el juego, etc. Por ejemplo, “El rey ordena ir a matar a la serpiente”, y partían todos corriendo a buscar alguna culebra.

Muchos niños jugaban con Jesús. El más osado era Isaac, que si le tocaba ser rey daba órdenes más aventuradas y los niños se metían en problemas.

Nunca estuve tan seguro de que Jesús fuera distinto a cualquier niño rebelde. Jamás lo castigué, pero en más de una ocasión tuve que llamarle la atención seriamente.

Una vez se me acercó una niña que observaba entretenida.

-¿Cómo te llamas?

-Verónica.

-¡Qué lindo nombre! No cualquier niña se llama así -le dije con ternura.

-Mi padre me puso así porque le gustó ese nombre. Dice que significa “imagen verdadera”.

Ambos sonreímos. Ella intentaba infructuosamente entrar al juego del rey. Los otros niños no la aceptaban. Jesús lo pensaba. Creo que ya entonces a Jesús le gustaba esa niña, pues yo los veía conversar mucho.

Un día, el padre de Isaac, muy molesto, fue a visitarme. Me dijo que Jesús era una mala influencia para su hijo. Se suponía que yo tendría que salir disparado a castigar a Jesús, pero no hice tal cosa. Habría sido muy injusto.

-Por favor, no vayas a creer que mi hijo es de mal comportamiento -traté de tranquilizar a este hombre.

-¿Y las maldades que hace?

-Son niños. Tal vez tú has sido demasiado severo con tu hijo . . . -no alcancé a terminar de hablar.

-Como también tú deberías serlo con el tuyo.

-Todo se arreglará.

-Si lo llevo a pillar . . . -amenazó al irse.

Después le dije a Jesús que por favor no tuvieran tanta docilidad para caer en los juegos de este niño que, al parecer, era el de las influencias peligrosas.

El padre de Isaac era el mayor entre los magistrados de la sinagoga, y no hallaba qué hacer con su hijo. El hombre era tan estricto que en cierta ocasión encerró a Isaac en una de las torres de su casa, simplemente porque no quería que saliera a jugar con sus amigos. Incluso, aunque no era sábado. La torre tenía apenas un ventanuco por el que entraba un poco de luz. Yo encontraba aberrante encerrar al niño para mantenerlo dominado. Se lo dije al papá, y casi me salió persiguiendo.

Reconocí en este magistrado a uno de los que estaban para aquel enojoso asunto de las aguas amargas, hace ya varios años. No me cabe duda de que él también me reconoció a mí y no le caigo nada de bien.

Cual no sería mi sorpresa cuando escuché a Jesús, que estaba en el rol de rey, decir :

-El rey ordena ir a liberar a Isaac.

Partieron todos corriendo y gritando, enardecidos. Escalaron la torre, para lo cual hicieron una especie de posta, subiéndose unos encima de otros, hasta llegar arriba. Después, Jesús me contó que apenas aguantaba el peso de la columna de amigos sobre los hombros.

Por el ventanuco lograron sacar al niño prisionero, y lo integraron al juego. El padre del niño Isaac vino a mí, a quejarse. Yo no hallaba dónde meterme.

El hombre es fariseo, muy llevado de sus ideas. Rechaza todo lo que parezca pecaminoso, aunque sólo se trate de un niño travieso. Por algo este niño mío no acepta de buen grado esa rigidez de los fariseos. Yo respeto a los que son sinceros, pero no todos lo son. Si hasta hay algunos doctores de la ley que se escudan en su prestigio para proclamar falsedades. Afortunadamente, son los menos.

-Tu hijo y sus muchachos están llevando al mío hacia los cerros de allá al frente. Se las verá conmigo -enojadísimo, recogió un palo y se fue hasta el monte.

A toda costa quería tenerme de su lado, amedrentándome. Igual, partí yo también detrás del tipo, porque podía ser necesaria mi participación en este asunto. Vi cómo Jesús se escabullía, y daba unos saltos que nadie lo podía seguir. Finalmente, el caso se suavizó, y el arquisinagogo comprendió que no podía seguir teniendo a su hijo tan dominado. Esto, no sin antes dar una lucha sin cuartel.

Jesús tuvo un intercambio verbal con el fariseo, padre de ese niño, y le dijo "Tú eres muy limpio por fuera, pero quién sabe cómo eres por dentro". El hombre se enojó muchísimo y quiso pegarle.

Después Jesús vino a pedirme excusas, mientras yo estaba trabajando con el cepillo en unas maderas. Sabía demás que yo reprobaba su comportamiento. Le propuse ir a disculparse con el papá de Isaac. Jesús aclaró que no estaba pidiendo disculpas por eso, sino que por haberme causado problemas a mí.

Yo no me iba a quedar sin conseguir un resultado positivo de todo esto, así que convencí a Jesús que dejara entrar al juego a Verónica. Le expliqué que las mujeres también tienen derechos. Cuando Jesús la aceptó, todos los niños la aceptaron. Después, se la veía subiéndose a los árboles, con todos ellos.

25.- José en Jerusalén

En otra ocasión, obtuve un contrato para un trabajo grande en Jerusalén. Hacia allá partí, porque valía la pena. Jesús quiso ir conmigo.

Lo primero que hicimos con Jesús en Jerusalén fue ir al templo. Allí vimos algo que nos llamó mucho la atención. Un fariseo que rezaba “Gracias, Señor, porque no me hiciste nacer mujer”. Me pareció horrible su oración, pero no le dije nada. Con Jesús nos miramos callados, y no sabíamos si lamentarnos o reírnos.

Recorrimos Jerusalén varias veces, y Jesús estaba fascinado, pero para él no fue fácil soportar algunas cosas. El asunto se me empezó a poner pesado cuando visitamos el patio de los gentiles, donde la bulla y las malas palabras se mezclaban con otras voces y con el balido de las ovejas. Jesús lamentó la presencia de diversos mercaderes, y de los vendedores de animales para los sacrificios. Hasta quedó de mal genio, cosa muy rara en él. No le gustaba nada ese mal uso que se daba a un lugar de oración. Yo trataba de conciliar, pero, tuve que rendirme a la evidencia. Hasta lo acompañé una vez a conversar con los mercaderes, sin ánimo de armar conflicto, sino simplemente por tratar de comprenderlos y que ellos comprendieran también los superiores designios.

Lo peor vino después, cuando descendimos al patio de los israelitas, y tuvimos la oportunidad de ver la matanza de los animales y cómo los sacerdotes se lavaban sus manos, y el agua salía roja. Había sangre por todas partes, mientras los pájaros chillaban aterrorizados. Eso fue demasiado para Jesús. Nunca había tenido una impresión tan fuerte como esa. En cuanto vio hundir el cuchillo en el cuello de un cordero le dio náuseas. Se tapó la boca con una mano y se agarró de mí con la otra, y tuve que llevármelo de ahí lo más rápido que pude. Creí que su reacción era desproporcionada. En todo caso, yo soy culpable porque no debí haberlo hecho entrar a ese atrio, pues Jesús aún no tenía la edad necesaria para ello. Lo dejaron pasar, solamente porque es alto.

Más tarde, Jesús me hizo preguntas sobre por qué razón el Padre celestial exigía la carnicería de tantos animales inocentes e indefensos.

-¿Por qué tanta crueldad? -me preguntó.

-Hijo, los sacrificios son para limpiar nuestros pecados.

-Pero, si Dios es puro amor.

-Pues, ahí está la palabra de los profetas.

-Habría sido una parábola del profeta -manifestó Jesús.

Por la expresión del rostro del muchacho, supe que mis respuestas y explicaciones no eran tan profundas como las que él necesitaba. Y fuimos metiéndonos en otros asuntos, de los cuales yo no sabía cómo salir.

Fue inevitable entrar en el tema de los niños de Belén que fueron asesinados por las fuerzas de seguridad de Herodes. Esa parte de la historia nunca se la había contado antes, pero ahora ya era el momento adecuado porque en Jerusalén la gente habla de eso y yo no quería que él se enterara de mala manera. Supe que iba a sufrir mucho. De hecho, lloró cuando se lo conté, aún cuando elegí las palabras con todo el cuidado que pude.

-Hace años ya de eso -le expliqué-. Fue cuando estaba el otro Herodes, el papá del rey de ahora. Era un tipo abusador que hacía lo que quería. Pidió que le llevaran los niños de hasta dos años, pues uno de ellos llegaría a ser rey y había

que formarlos a todos mientras no se supiera cuál. Después estos niños nunca fueron devueltos a sus padres. Desaparecieron para siempre.

-¿En todo Jerusalén?

-No. Sólo en un sector, y en Belén, donde naciste tú. Antes de eso alcanzamos a emigrar a Egipto porque sospechamos que Herodes se desvelaba de miedo por lo que iba a pasar cuando creciera un niño que ni conocía. Ese rey nunca entendió que el Altísimo nos iba a enviar un salvador.

-¿Les advertiste a otros, para que también pusieran a salvo a sus hijos?

-No hablé con nadie porque no sabía realmente qué es lo que iba a pasar. No estaba seguro acaso mi actitud de irme era un poco exagerada. No podía decir a alguien que organizara un apurado viaje porque yo soñé tal o cual cosa. Por lo demás, mi temor era que Herodes actuara directamente sobre ti, pues supuse que la información con que él contaba lo orientaría en ese sentido. Nunca imaginé que otros niños pudieran correr peligro.

26.- María no encuentra a Jesús

La fiesta de Pascua, siempre me había dejado muy contenta, hasta el año pasado. Muchas veces hemos ido a Jerusalén, con José, para esta fiesta, en que se conmemora la liberación de nuestro pueblo del dominio del faraón. Es la mejor fecha para hacer este viaje cuando podemos, y no en Pentecostés, que es otra fiesta más apropiada para los agricultores que celebran sus cosechas de trigo. Igual lo festejamos acá, con mucha alegría. Y recordamos los mandamientos que Dios entregó a Moisés.

Esta vez viajamos casi todos los del clan familiar, menos mi madre anciana. Después que murió mi padre, ella prefiere quedarse en casa, en Nazaret.

La caravana hacia Jerusalén era enorme, a pesar de que íbamos con un par de días de anticipación. Unos a pie, otros en asnos o en camellos. Y también una gran cantidad de carretas tiradas por burros. Jesús y los demás niños pequeños iban con las mujeres, como corresponde a la costumbre.

Al borde del sendero se ponían los vendedores de frutas y de pan sin levadura. Después de tres días completos llegamos a Jericó. Salimos temprano al día siguiente y el camino ya estaba lleno de peregrinos, subiendo hacia Jerusalén.

En los días que nos sobraban al comienzo de la estadía, visitamos a menudo el templo, en actitud de oración. Le expresé a Dios la alegría de que Él haya puesto algo tan grande en mí. A mi cuidado y al de José. Fui dándome cuenta de lo que yo era, poco a poco, desde muy pequeña. No es cualquier cosa haber tenido a Jesús en el vientre. Tuve que prepararme durante largos años.

A Jesús, que cumplió ya los trece años, le correspondía el rito de iniciación a la vida adulta, y ésta era una ocasión inmejorable para hacerlo. Jesús insistió en que quería hacerlo en el templo. Por eso nos vinimos antes, para alcanzar a hacer las gestiones a tiempo. Gracias al Altísimo, lo conseguimos. Y también gracias a que algunos doctores de la ley conocían a nuestro hijo.

Durante la celebración en el Templo, le pusieron a Jesús su primer taled, y recitó las oraciones. También hizo una disertación sobre un pasaje bíblico, que preparó previamente. Ahora ya es un hombre, desde un punto de vista religioso, y tiene derecho a leer en la sinagoga. Y en el templo, ya puede ingresar al sector de los israelitas. Yo estaba orgullosa de mi Jesús, y presencié la ceremonia de iniciación, a lo lejos, desde el atrio de las mujeres.

Mucha gente llegó a Jerusalén para esta fiesta de tres días de duración. Casi todos comen la cena pascual en carpas, incluso algunos, fuera de las murallas de la ciudad. Por la noche, les gusta cantar. Todo estaba iluminado hasta altas horas, con gente por las calles. Nosotros nos alojamos en casa de la mamá de Lázaro, en Betania. Muy cerca de ahí, donde unos vecinos, tuvimos nuestra cena pascual.

Al término de las fiestas, éramos un grupo enorme de personas las que habíamos venido de Galilea, y juntos íbamos a regresar. Incluso, muchos más que los de nuestra caravana de llegada. Los que veníamos de Nazaret quedamos de juntarnos en cierto lugar cerca del templo en la mañana del día después de terminar la fiesta pascual. Así lo hicimos, y salimos en viaje de regreso a Nazaret. Con las otras mujeres nos incorporamos al grupo, conversando nuestras impresiones. Los hombres iban hablando sus cosas, por otro lado, como era la costumbre en estos viajes, tanto a la ida como a la vuelta.

Aunque Jesús llegó con las mujeres a Jerusalén, ahora que ya era un joven iniciado, le correspondía hacer el viaje de vuelta a Nazaret con su padre y los demás hombres. Por eso no me extrañó no verlo en nuestra partida. Lo que yo no supe en ese momento, ni tampoco en los días siguientes, era que Jesús había entrado en el templo para escuchar las enseñanzas, y se quedó completamente absorto en una discusión con los rabinos. Se le pasó la hora en que debía unirse a la caravana. Cuando se dio cuenta ya era el mediodía.

Según me enteré después, José tampoco se percató de la ausencia de Jesús porque suponía que viajaba con las mujeres, tal como había llegado. Por lo demás, Jesús era tan independiente, que andaba siempre con otras familias, y con sus amigos.

Cuando paramos en Jericó para pasar allí la noche, recién nos dimos cuenta de la situación. Con José recorrimos toda la caravana buscando al niño, pero no lo encontramos. Después de preguntar a los rezagados que iban llegando a Jericó, nos vimos enfrentados a la triste realidad. Simplemente, Jesús no estaba. Nadie lo había visto. Pasamos una noche horrible, pensando que le podía pasar algo. ¡Dios mío, qué hemos hecho! Yo que haría cualquier cosa por cuidar a Jesús, y lo he hecho durante todos estos años, ¿ahora he echado todo por la borda? Me arrepiento de haber sido tan excesivamente confiada.

Nos tuvimos que salir de la caravana, y todos quedaron muy intranquilos. Y yo, desesperada. No puedo permitir que a Jesús le pase algo. Cómo no supe custodiarlo. Con José deberíamos haber redoblado esfuerzos para vigilar a un niño tan independiente. Yo creí que estaba con él. No debí haberme metido tanto en la conversación con las otras mujeres. Aunque el niño sea ya mayor, al cuidado de José, igual debí haberme preocupado. Quizás José no atinó a tomar esa responsabilidad nueva, acostumbrado a que sea yo la que esté atenta a los pasos del niño.

“Perdón”, decía en mi oración, “perdón Dios mío, por este descuido. Te hemos fallado. Ten piedad de mí, que sólo quiero servirte. Encuéntrame, que no lo volveré a perder”. Yo, que me enamoro de cada cosa que voy viviendo, esta vez no pude. Esto de la pérdida de Jesús, es uno de esos amores que duelen.

Recordé con gran temor eso que me dijo el anciano Simeón, aquella vez, “una espada atravesará tu corazón”. Eso estaba ocurriendo, y dolía.

Con José nos levantamos al alba dispuestos a volver a Jerusalén. Hicimos todo el viaje solos y resultó interminable. Llegamos a Betania cuando ya el sol se

ponía. Lo primero que hicimos fue ir a la casa donde nos habíamos alojado, pues teníamos la esperanza de que Jesús hubiera vuelto allí.

No sabían nada de él. Salimos hacia Jerusalén, y preguntamos en todas partes, abriéndonos paso por las callejuelas. No era fácil con tanta gente que andaba en todas direcciones. Yo creía ver a Jesús en cada niño que pasaba. Dejamos mensajes en las posadas. No hallábamos cómo encontrar a Jesús.

Temprano, al día siguiente, alguien nos dijo que Jesús estaba en el templo, así que acudimos con rapidez. Cruzamos el patio de los gentiles y el atrio de las mujeres, hasta la escala en que se ponen los levitas. Por lo que ellos nos indicaron, habían visto a un muchacho que les hizo varias preguntas y no de las fáciles.

Cuando José ya se iba a la escala para llegar al atrio de los israelitas y yo me lamentaba de no poder acompañarlo, y tener que quedarme esperando afuera, tuvimos la ocurrencia de mirar en la sala en que los rabinos acostumbran a comentar la escritura, especialmente cuando hay forasteros. Ahí estaba Jesús, sentado en un banco, escuchando a los doctores. Un escriba me dijo : ¿Tú eres la madre de este niño? Respondí que sí, con mucha ansiedad. Entonces los doctores me prodigaron elogios. “Nunca hemos visto ni oído tanta sabiduría”.

-No hagas a tu vecino lo que no quieras que te hagan a ti -le estaban diciendo a Jesús, y él dio vuelta la frase:

-Lo que quieras que los demás hagan por tí, hazlo tú a alguien.

Corrí y abracé a mi hijo, por fin. José tuvo que explicarles a los escribas nuestra situación porque a mí me miraron con desconfianza. Pretendían que me fuera.

Habíamos pasado tres días de suplicio. Casi se puede decir que encontrar a Jesús nos despertó algo agresivo, pero, lo superamos porque era mucho mayor la felicidad. De todas formas, José optó por contenerme. Teníamos una mezcla de sentimientos. Estábamos contentos, pero igual le hicimos un llamado de atención a Jesús, quien me respondió:

-¿Por qué estabas tan intranquila? ¿Acaso no esperabas encontrarme en la casa de mi Padre? ¿Por qué no buscasteis acá desde el primer momento?

De ahí nos fuimos, llevando a Jesús con nosotros, a ver si pescábamos alguna pequeña caravana de rezagados. Efectivamente, pudimos entrar en una que estaba próxima a salir. Por el camino, Jesús nos contó que estuvo en el templo toda la tarde de ese día, disfrutando una grata tranquilidad. Y también todo el día siguiente, y las primeras horas del día en que lo encontramos. Entonces, nos pidió perdón por el mal rato que tuvimos.

-Al tercer día te encontramos. ¿Y en las noches, Jesús, cómo te las arreglaste? -quise saber.

-Me quedé en casa de un maestro de la ley. Se llama José, como mi papá, y proviene de un pueblito llamado Arimatea.

Jesús nos contó que ese José, un hombre ya maduro, es muy rico, y posee una casa fastuosa con un gran sitio en el cual tiene listo el sepulcro para que lo entierren cuando muera.

También nos explicó que se había visto enfrascado en conversaciones muy importantes con los sabios, y que estaba fascinado. Se le pasó la hora, y la caravana lo dejó. Después de eso, ya no le quedaba más que seguir aprendiendo de los sabios. En realidad, parece que no sólo aprendió. También enseñaba. Por lo que me contó, fue un intercambio de conocimientos. Habló con un físico, un astrónomo, y

no sé cuántos otros sabios. Y a todos les supo decir algo que les resultó nuevo. Jesús les hizo un llamado de atención por el mal camino que llevaba la gente.

Le preguntamos de qué estaban conversando con los doctores de la ley. Jesús se rió, porque él primeramente había estado en conversación con los rabinos, pero poco a poco fueron llegando los maestros, llenos de curiosidad. Por lo demás, las preguntas de Jesús, con muchas ganas de aprender, no resultaron fáciles para los rabinos. Acudieron los doctores de la ley que estaban dispuestos a atender a un joven con tanta sed de conocimientos, como dijeron.

Jesús quería averiguar qué es lo esencial de la ley, y se atrevió a preguntarlo. Para algunos, resultó ser la fe en Dios y el rechazo absoluto a las idolatrías. Para otros, el cumplimiento riguroso de los preceptos. Jesús les mencionó uno de los primeros pasajes del libro de Isaías : “harto estoy de holocaustos de carneros . . . sangre de novillos . . . no me agrada . . .”, y otras frases similares.

Todo esto lo conversamos cuando ya estuvimos más calmados, y queríamos saber miles de cosas. José preguntó a Jesús “¿Qué puede hacer el hombre, que resulte más grato al Altísimo?”. Jesús le señaló dos textos, del Deuteronomio, y del Levítico, respectivamente :

“Amarás a tu Dios con todo tu corazón y con toda tu fuerza”, “Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. José y yo quedamos sorprendidos.

-Miren, aquí dice “Hablaré en parábolas y explicaré los misterios eternos” - Jesús estaba fascinado con un salmo que descubrió y del cual tomó apuntes.

También preguntó a los doctores acerca de lo que creen y lo que no creen. Ellos le explicaron que creen en la inmortalidad del alma, en los ángeles, en la resurrección de los muertos y en el juicio final. Que son los saduceos los que no creen, pues sólo atienden a lo material, creen en su dinero, y en nada más. Hay muchos sacerdotes saduceos, pero no estaban metidos en la conversación que Jesús sostenía con los maestros.

-Los doctores son sabios -dije a Jesús.

-Igual tuvieron dificultades cuando les pregunté que dónde empieza y dónde termina el pueblo escogido. Y cuando les pregunté por qué las mujeres deben estar separadas de los hombres en el templo -Jesús hizo una pausa-. Y por qué el Altísimo necesita tanto sacrificio de animales. Y por qué toleran la presencia de los mercaderes en el templo. Según Jesús, hay maestros que discuten acerca del cielo, pero aún no conocen bien la tierra. Que tratan de explicarse a Dios cuando todavía no han podido explicarse al hombre.

No entiendo cómo los maestros de la ley se abrieron tanto a conversar con un niño, si habitualmente ellos no son así ni con los adultos. Y me maravilla que Jesús hable de tú a tú con personas tan sabias y estudiosas. Ellos tuvieron la mejor voluntad para ocupar su tiempo con un niño.

Todas estas cosas hablamos con nuestro hijo. Yo tomo nota de todo lo que acontece alrededor mío, y me dejo sentir los acontecimientos. Escucho lo que éstos me dicen en mi interior. Cómo me iluminan y me hablan proféticamente. Una vez más, me están diciendo que mi hijo ha de morir y resucitar.

27.- Jesús y su abuela

La abuela Ana fue importante en mi infancia. Era sabia y estaba llena de amor. Desarrolló en mí una capacidad natural para ver más allá que la gente común. También me hacía dulcecitos, me regalaba, me contaba cuentos y

jugábamos a interpretar signos. Sí. Hasta la gente que pasa es un signo. O una nube que tapa el sol en un momento dado. También hay signo en el ruidito que hace el estómago. En todo. Además de entretenernos, ese juego tenía frutos concretos. Aprendí a descubrir los mensajes de Dios en la vida diaria.

Desde muy pequeño, mi abuela Ana me contó acerca de mi primo Juan. En aquel entonces yo preguntaba mucho por él, y supe que vivía lejos.

Era fabulosa la abuela, con su sabiduría que, según ella, estaba en el aire. Me contó que Dios se demoró mucho en enviarles a su hija, que es mi madre. Y eso fue así porque no encontró que ella y mi abuelo estuvieran todavía preparados para criarla.

Para la fiesta de Purim, también llamada fiesta de la suerte, mi abuela me disfrazaba con cualquier cosa que encontrara por ahí. Nunca le faltaba algún género o ropa vieja. Tenía gran creatividad. En esa fiesta, a principios de la primavera, ella me daba dulces y me decía que fuera a compartirlos con los niños pobres. En ese día, siempre hay mucho jolgorio en la calle. Los niños hacíamos bulla y silbábamos reprobando al malvado Hamán. También llegaban los rabinos explicando el significado de la fiesta, en que se conmemora la salvación milagrosa del pueblo judío en Persia gracias a la intercesión de una mujer llamada Ester. Eso fue hace muchos años cuando el famoso Hamán decretó leyes contrarias a los judíos, y profanó los lugares sagrados.

Cierta vez, estábamos en la puerta de la calle jugando con la abuela a decirnos qué significaban los detalles de las personas que pasaban. Pasó un soldado, y le tuve recelo. No era habitual que pasaran soldados por nuestra calle. Al mismo tiempo, por el frente iba una mujer con su cántaro de agua. El cántaro era más oscuro que la mayoría de los cántaros que circulaban. Le correspondía decir algo a la abuela y dijo “la lucha ha de ser para iluminar”. Quedé encantado. Fascinado. Me puse contento. Brincaba. Tanto, que vino mamá. Todos reímos.

Casi siempre teníamos un juego más sencillo. Jugábamos a decir “en qué se parece”. Por ejemplo, una rama de árbol y una piedra. Yo pensaba y pensaba. Y dije que las dos conversan con el tronco. Le hablan y escuchan lo que les responde. Después me volé. “El tronco es como mi Padre”, dije a continuación.

La abuela Ana murió un año y medio después de aquella vez en que me perdí en Jerusalén. Con ella siempre habíamos tenido largas conversaciones. Era bien especial mi abuela. Muchas veces la vi llorar de alegría. Me enseñaba a escuchar al Altísimo. Yo me atreví a contarle un secreto, que mi padre del cielo es el Altísimo. Ella siempre me entendió. “Todos los niños son sabios”, me dijo. También me confesó que ella ya lo sabía, pues yo había sido concebido por obra del Espíritu de Dios.

-¿Cómo era yo cuando estaba dentro del vientre de mi mamá? -le pregunté a mi abuela.

-Igual que todos los bebés.

-¿Cómo es allá dentro?

-Hay agua -respondió-. Antes de nacer los bebés están en el agua de la madre.

-Nací del agua y del espíritu -dije, como una sentencia.

-Bella forma de decirlo -afirmó ella, y eso se me quedó grabado.

Al morir mi abuela, le sostuve una de sus manos, y mamá la otra. Ana me dijo “Bendíceme y encomiéndame para que pueda estar junto con Dios y Joaquín en el paraíso”. También me dijo que lamentaba enormemente no poder verme

crecer hasta ser adulto. Todos nos apenamos por su partida. Tuve que aprender a vivir sin ella.

28.- José y los últimos profesores

Los rabinos siguieron pidiéndome al niño, pero ya con una actitud diferente. Simplemente pretendían adiestrarlo como futuro rabino. A decir verdad, yo siempre he sabido que ése será el destino de Jesús. Se trata de una educación superior que él estaba necesitando en aquel momento, y dado que yo no tenía medios económicos, fue una gran cosa que lo solicitaran, así no más, sin pedirme ningún pago.

Yo sé que a Jesús le gustará la vida itinerante que llevan los rabinos. Disfrutará recorriendo pueblos y enseñando en cualquier lugar, teniendo discípulos que lo escuchen y lo sigan. Y que la gente lo considere como un juez, aunque sólo sea para asuntos menores y cuestiones domésticas.

Talvez Jesús llegue a ser doctor de la ley, pues tiene todas las condiciones, y desde ese lugar creo que podría cumplir su misión. No sé si le gustará. El tendrá que decidirlo en su debido momento.

Vino a Nazaret un profesor de una academia de rabinos de Jerusalén. En la sinagoga conoció a Jesús, y conversaba con él. Un día, me aconsejó que le permitiera a Jesús ir a Jerusalén, pues allí tendría acceso a una mejor formación.

Después de hablarlo con María y con Jesús, accedí a la petición de este profesor. Me dejó convencido de que ése era el mejor camino para Jesús. Así fue como el muchacho partió a Jerusalén, donde un rabino se hizo cargo de su formación. Menos mal que era un hombre comprensivo. En una de mis esporádicas visitas que yo efectuaba para conversar con el rabino, éste me contó un especial diálogo que tuvo con Jesús.

-¿Cuál de los diez mandamientos es el más importante? -fue la pregunta que el rabino le planteó en cierto momento.

-Ninguno -respondió Jesús-. Hay un hilo que los une a todos y los transforma en uno solo. El amor está presente en todos los mandamientos. El que está lleno de amor no rompe ninguno de los diez.

-¿De dónde te viene este conocimiento? -quiso saber el rabino.

-La verdad es una sola y está en todas partes. Es como el aire, y entra en mí si me abro.

El rabino quedó maravillado con esa respuesta de Jesús. Yo disfruté cuando me lo contaba, es que ya me estoy acostumbrando. También me dijo que, de tanto leer la Torá, Jesús descubrió que la mejor manera de expresar las cosas eternas es por medio de comparaciones.

Jesús criticaba lo establecido, y hacía sus comentarios, como “Hemos levantado un muro a nuestro alrededor y no vemos lo que hay al otro lado”, “También crecen las flores y las siembras de todos los hombres, no sólo de los judíos”, “¿Para qué hacen matanza de animales? ¿No oyen los balidos de los corderos y las súplicas de las palomas?”.

Horas después inicié mi regreso a Nazaret con la cabeza llena de cosas dándome vueltas.

Este niño ya está perfilándose como un gran rabino. Seguramente por ahí canalizará su misión, que es de enseñanza y de salvación. Conversé todas estas cosas con María, en cuanto llegué y la vi que rezaba las oraciones mientras trabajaba en el telar. Para ella es muy natural que Jesús tenga sabiduría. Igual se sonríe y se emociona tanto como yo.

Al poco tiempo, el rabino Hillel de Jerusalén, que ya estaba viejito, simpatizó con Jesús. Hillel es un sabio que no le interesa figurar, sino entregar su conocimiento. En uno de mis viajes me sugirió que dejara a Jesús en manos de un maestro para que se forme como doctor de la ley. Gustoso permití a Jesús que se siguiera quedando en Jerusalén, esta vez con Hillel, que es un hombre extraordinario. Es alegre y optimista, y se rodea de gente simple, pero no tosca. Propicia el amor a la humanidad. Ha escrito varios libros sagrados. La enseñanza es tan natural en él, que hasta a mí me da sabios consejos cuando me ve.

“No hagas a tu vecino lo que no quieras que te hagan a tí”, y “ayuda al asno de tu enemigo si ha caído bajo la carga” son sus frases favoritas.

A la vuelta, teniendo ya Jesús quince años, llegó muy motivado para salir de la tierra judía y conocer otras realidades. Yo encontré que aún estaba muy pequeño para eso.

Jesús leyó los libros de los profetas, y buscó ahí lo que decían del Salvador. Fue aprendiendo, y sintiéndose identificado, descubriendo poco a poco lo que él es y la misión que tiene. Y no por eso deja de ser niño.

29.- José y el padre de Jesús

Casi me morí, pero logré sobrevivir. Todo fue a causa de una caída física. Jesús tenía quince años en ese tiempo. Estando yo en una obra en Séforis, trabajando en lo que llegaría a ser la casa de un hombre rico, caí de un andamio, desde cierta altura, y estuve mal muchos días. No era primera vez, ni mucho menos, que trabajaba en andamio, sin embargo, noté que la estructura no estaba tan firme. No le di mayor importancia, y aunque se la hubiera dado, los patrones no me iban a regalar el gusto de mejorar las condiciones de trabajo, pues eso les costaría más dinero. Hasta lo comenté con otro trabajador. El caso es que el andamio cedió, y quedó colgando. Yo perdí el equilibrio, y llegué a un suelo durísimo. Empecé a ver nublado pero no me desmayé. Creo que no me pegué muy fuerte en la cabeza, menos mal. Fue todo tan rápido, que no supe en qué parte de mi cuerpo me había pegado. El dolor tuvo una especie de evaporación. Podría decir que no me dolía nada, que mi cuerpo soportó el golpe, a la perfección. Si hasta quise pararme, pero ahí fue que estuve a punto de perder el conocimiento. Toda la escena me daba vueltas, y se ocultaba, y volvía a aparecer. En el momento, todos creían que moriría. Después de varias horas en que me pusieron en algún lugar mejor que la tierra, el capataz envió un mensajero informando a una caravana que salía pronto hacia Nazaret. Al otro día llegaron María y Josetos, me trasladaron a mi casa, y aquí estoy reponiéndome.

Todo esto ocurrió en pleno período de verano, cuando muchos salen a vacaciones. Justo entonces vino esta hermosa fiesta de los tabernáculos. La cosecha es el actor principal, pero lo que realmente se celebra es esa vida errante que tuvieron nuestros antepasados al salir de Egipto con Moisés. Es por eso que toda la gente se dispone a acampar. Nosotros mismos, hemos construido todos los años unas chozas con simples ramas. En esta ocasión me tocó estar en mi lecho de

enfermo, convaleciente de la caída, así que los niños construyeron las cabañas ellos solos. Tienen que ser precarias, pues ése es justamente el sentido. La fiesta dura solamente ocho días, con buen tiempo, casi siempre. Comemos en una de las cabañas, la más grande, y dormimos en las otras. Y entre medio de las ramas del techo alcanzamos a ver las estrellas. Es un tiempo de pasarlo bien. Hay juegos y competencias entretenidas. También leemos el Eclesiastés, y pedimos la lluvia.

Tenemos adornos campesinos para poner dentro de las cabañas, y unos grabados que nos recuerdan a los patriarcas antiguos. Algunas de todas estas cosas las guardamos durante el resto del año.

Estoy acá adolorido, pero aún permanezco, y eso es lo importante. He tenido que parar toda actividad. Tengo que estar en reposo, lo cual me ayuda a reflexionar y hacer mis meditaciones. Rezo al Altísimo, que es el padre de mi hijo, y padre mío también, según Jesús me dice.

-Si eres padre de mi hijo, entonces tengo que ser tu amigo -me escucho decirle a Dios, y al instante se me enciende el rostro y miro para todos lados a ver si alguien me ha oído lo que parece una blasfemia. Imploro el perdón de Dios por tanta pretensión, pero también le digo con la sinceridad más absoluta que quiero visualizarlo como amigo. Necesito vivir la vida así. En este momento siento el abrazo cariñoso de Dios, que baja hasta mi pequeñez. Con lágrimas en mis ojos le digo "Gracias", me pongo muy contento, y sigo estando un buen rato en las nubes, hasta que por fin vuelvo a mis reflexiones.

Mis niñas ya se casaron. Y mucho antes, se casó Josetos. Simón está por hacerlo, dentro de poco. Josetos abrió su propio taller de carpintería, y entre los dos nos repartimos trabajo cuando nos sobra. Ahora último, he tenido un envidiable tiempo para conversar con Jesús.

-Eres como el espíritu -le dije- porque no sé de dónde vienes ni hacia dónde vas.

-Naciste del agua y del espíritu -agregué, repitiendo la frase que el mismo Jesús me enseñó-. Del agua del vientre de tu madre, y del Espíritu del Altísimo que puso en ella la semilla para que tú te formaras.

A pesar de saber eso, yo estaba muy desconcertado, al principio, cuando él hablaba de "mi padre de los cielos". Yo no estaba en el cielo. Después de un tiempo comprendí, pero, entonces, mi confusión fue aún mayor, al escucharlo hablar de él mismo como "Hijo del Hombre". Me explicó que ése es sólo un modo de referirse a un hombre que quiere renovarse haciendo germinar sus propias semillas.

-Tengo dos padres -declaró Jesús una tarde, y yo sólo atiné a mirar mi pierna y mi brazo entablillados -. Aprendo mucho de ti, mi padre de la tierra.

-Y mucho más de tu otro padre.

-Sí. Mi padre del cielo también me dice muchas cosas. En verdad, tengo que decir "nuestro padre".

-Sí. Nuestro padre -reconocí-. Quiero conocerlo mejor. A veces puedo verlo, con su túnica blanca y su sonrisa bondadosa.

-Si no lo ves, lo puedes escuchar dentro de tu oído -puntualizó-. A mí me ha dicho que tengo mucho que aprender. Buscar en todas las cosas. En mi propia vida, todo lo que voy pasando tiene algo escrito. Mi padre de los cielos me ha dado un lenguaje para descifrarlo.

-Yo soy tu padre de los suelos -le dije, y ambos reímos, recordando mi reciente caída en Séforis.

30.- José y la misión de Jesús

Me gusta mucho ver como se entretienen los niños. Pienso que sus cosas son tan importantes como las de los adultos. Les converso a todos ellos cuando acuden curiosos a mi taller, y juegan en la carpintería, con las astillas y otras sobras, construyendo ciudades.

Viendo a Jesús comprendí lo importante que son los niños. Vienen a rescatarnos de algo, y no les hacemos caso. Para que el mundo cambie, lo tendría que cambiar un niño, si acaso se lo permitimos los adultos.

Reconocí en Jesús al niño salvador que, mientras fue pequeño, necesitaba que lo tomaran de la mano y lo llevaran donde él tenía que ir. Si no sabía ir solo, pues yo iba con él. Mi responsabilidad era también descubrir los lugares en que él necesitaba estar. Los niños chicos necesitan un adulto para poder ir a alguna parte. Como quien necesita una carreta, y no quiero decir un burro, para no sentirme mal.

Cuando Jesús necesitó trepar cerros, para allá fuimos. En el fondo, él me estaba llevando a mí. Otras veces, salíamos a sembrar. Jesús tomaba un puñado de trigo, y lo esparcía por el suelo. Le enseñé a darse cuenta acaso llovería al día siguiente. De vez en cuando íbamos a observar cómo estaba la plantación, y yo le mostraba la maleza que crecía junto al trigo. Le enseñé a Jesús a no cortarla cuando el trigo está aún muy chico, porque se tronchan muchas gavillas.

Después de unos meses, llegaba el momento de cosechar el trigo. Disfrutábamos recogiendo las espigas. El trigo que reuníamos lo usaba María para hacer pan en casa. Después, cuando nos sobraba casi todo el pan, lo regalábamos a los pobres.

Jesús fue siempre un niño alegre y entusiasta, de risa fácil, pero no de carcajada ruidosa. Parecido a mí, en ese aspecto. Le gusta observar la naturaleza, el vuelo de los pájaros, y cómo consiguen comida. Hoy, Jesús tiene una sonrisa que invita, y el ritmo con que pronuncia las palabras atrae a la gente. Su rostro de expresión armónica le da una autoridad natural.

Es asombroso cuánto ha progresado este niño. Me siento como hijo de mi hijo. La oración me la enseña él. Ya no me queda más que seguirlo. Prácticamente, ya es un hombre, un conductor de personas. Trato de decirle que puede experimentar conmigo, si quiere. No necesito decírselo. Yo quiero ser su primer discípulo. También Jacob y Judas quieren serlo. Y hasta mis hijas, pues veo que Jesús es muy abierto a dejar que las mujeres participen.

Escucho a Jesús hablar de libertad interior y me suena novedosa la manera de decirlo.

Anoche sonaban las trompetas anunciando el perdón. Son un llamado a prepararse para recibirlo. Nueve días no es poco, y no es fácil pedir perdón. Jesús me ha enseñado que el Altísimo perdona para que nosotros aprendamos a perdonar. Pienso que eso, la gente no se lo va a entender tan fácilmente.

Nunca me resistí a ver en Jesús a alguien que tenía que salvarme. No supe de qué, pero me imaginé que de esa especie de prisión en que vivimos los adultos, obligados por la sociedad a ser siempre muy responsables, graves y cautelosos. Y no creo que esté tan mal ser así. Sin embargo, sólo de un niño puede uno aprender a ser más libre. No deja de sorprenderme el que yo mismo haya tratado de permitir que cada día mis hijos fueran un poco más libres. Sé que me puedo haber equivocado en muchas cosas, pues ser papá no es tarea fácil.

Como los niños imitan mucho, traté de ser como un espejo, en que Jesús pudiera ir descubriéndose. Tuve que apelar a lo mejor de mí. Si él necesita ser valiente, es porque el Altísimo ha puesto la valentía en él. En la medida que yo pueda mostrarme valiente, hasta donde sea capaz, eso le despierta algo. Fui observando otras virtudes en Jesús. Justicia, verdad, amor al prójimo. Habla en un lenguaje muy especial, para darse a entender mejor. De niño pequeño le gustaba jugar a hacer comparaciones entre las herramientas de carpintero y esas otras que usa la mente para construir el carácter. Yo trataba de inventar cuentos en la medida de mis posibilidades, y se los contaba, torpemente quizás, cuando paseábamos por el campo.

Con Jesús y Jacob subíamos hasta la cumbre de un cerro cercano. El mismo al cual ellos llevaban muchas veces nuestras pocas ovejas y cabras a pastorear. A Jesús le gustaba ese cerro y el sendero de acceso.

Cuando Jesús estuvo más grande, ya nos aburrió la colina cercana y empezamos a ir al Tabor, un cerro precioso y llamativo. Es un monte redondo y solitario, nuestro preferido. En días claros la vista es magnífica. Subimos con frecuencia, a pesar de que queda lejos y necesitamos un día completo, saliendo de casa muy temprano. Bordeando el lago, se llega al pie del monte, por un sendero agradable.

El lo eligió. “Quiero ir a ese monte”, “no, el del lado”, “no, a ése”, “Ah, el Tabor”, le dije.

-¿Tabor? Lindo nombre -exclamó Jesús.

Nos acostumbramos a ir al Tabor, un lugar de una belleza prodigiosa. Yo trepaba, igual que niño chico. Casi siempre nos acompañaba Jacob. Jesús me decía que ahí se sentía muy cerca del Padre de los cielos. Jacob y yo aprendimos a estar también muy cerca del Altísimo.

Sin duda, ahora que está grande, Jesús ya tiene noción de lo que es y lo que será. Me maravillo cómo dialoga con Dios. Si a veces hasta rezo a través de él. O sea, rezo con él, juntos y con María a veces, pero ella es más reservada. Voy diciendo mi oración en voz alta. Como años atrás, cuando Jesús la repetía. Ahora recibe siempre prontas y sabias respuestas que también las dice en voz alta. Yo no le digo que estoy rezando a través de él, ni él me dice que me proporciona ese servicio. Simplemente, se empezó a dar así de a poco. Ahora soy yo el que repite la oración de Jesús, mientras él me dice las respuestas del Padre. Al principio, no me fue fácil aceptar que Jesús tratara a Dios como su “Padre”. Me sonaba blasfemo, por la educación que recibí. Dios es Altísimo, mucho más que un padre. Después me acostumbré. Jesús me hizo ver la dimensión de un Dios Padre.

Siempre habló directamente con Dios, y fue muy incomprendido por eso. Yo temía que lo persiguieran por considerarlo blasfemo. Desde chiquito, buscó lugares y momentos de silencio. Y es muy observador. Jesús también rezaba en voz alta y nos integraba a Jacob, a Judas, y a mí. “Padre nuestro, santo es tu nombre, tú estás en el paraíso, y tu reino está también en nosotros. Que se haga tu voluntad en la tierra igual que en el cielo”.

-Los pobres saben tantas cosas -me decía. Es que le encanta conversar con un hombre del vecindario que, a duras penas, se gana la vida remendando ropa. Se pasa tardes enteras con él. Y también con otro hombre, que trabaja como peón en la fabricación del vino.

Jesús tiene unas salidas asombrosas. No le gustó que la efigie del emperador aparezca en las monedas.

Algo notable ocurrió en una mañana luminosa, estando los dos solos en el Tabor, Jesús se puso muy especial. Su resplandor fue creciendo más y más, tomando colores azulados o amarillos, de repente, yendo a blanco. Después de un rato, que yo miraba extasiado, su resplandor era enorme y blanco. Yo lo veía a lo lejos. Ahí sobre el cerro, intenso, blanquísimo. Yo estaba atónito. Su oración en silencio llegaba hasta mí. No sé explicarlo. No quería que eso terminara jamás. Caí de rodillas, orando. Dije "Padre". Fue la primera vez que hablé al Altísimo con una emoción intensa, que no sé cuánto duró. Después, todo se apaciguó y volvió lentamente a lo normal. Jesús vino hacia mí y conversamos con naturalidad.

Mientras bajábamos entendí mejor que nunca, que mi hijo es grandioso y tiene una misión importantísima.

En otra de nuestras subidas al Tabor con Jesús, conversamos un asunto de gran significación.

-Aprenderé mucho para enseñar a la gente -empezó diciendo Jesús-. El Padre me dice que es el momento para traer un mensaje de amor al mundo, y que lo hará a través mío.

-Es una gran misión. Tanto, que no todos te van a comprender.

-Nuestro Padre no les enseñará estas cosas a ningún sabio, sino a los más pobres, a los niños, a las mujeres, a los postergados por la sociedad.

-En particular, a mí.

-Y después, será el momento de enseñar. A los 17 años, lo que me mueve es aprender mucho para tratar de descubrir cómo mejorar la vida.

-Creo que tú tienes un sentido especial.

-Es la certeza de la presencia del Padre. El me sostiene y me permite hacer cosas que parecen milagros.

Se retiró un poco, y lo escuché orar algo así como :

"Gracias, Padre, por haberme elegido para algo tan bello. El saberlo así me da fuerzas para esas búsquedas que me pides. Gracias por mi madre María y mi padre terrenal José. Los quiero mucho y no quisiera contrariarlos. Ayúdame a que me entiendan cuando estoy en tus cosas. Tú eres grandioso. Quiero proclamarte, cuando te entienda bien en lo que tú eres. Cuando sea grande."

Después de un largo rato volvió a acercarse

-Te has dado cuenta que has venido para algo -me atreví a decirle.

-Lo que veo afuera me dice qué llevo adentro. Me gusta tratar de ver más de lo que ve el común de la gente. El resplandor de las personas, y la eternidad que hay en cada objeto o planta. Tú y mamá me han estimulado en esto.

-¿Ves el resplandor de las personas?

-Sí.

-Eso lo has heredado de tu abuela.

-Descubrí tantas cosas en la oración.

-Desde chiquito, siempre rezabas mucho.

-Quiero tratar de que las cosas mejoren.

-Siempre en un plano respetuoso y atinado -reconocí.

-Me duele cuando falta la alegría, o la libertad, o la verdad.

-Tu vida de niño en Nazaret ha sido alegre, activa, social. Y soñadora, también.

-Me encantaría aprender todo y enseñarlo. Y que todos me entiendan con facilidad. Quiero poder decir las cosas con palabras simples, con ejemplos y símbolos de eternidad.

-¿Símbolos de eternidad? -repetí, revelando mi duda.

-Es atender algo que surge desde mi interior. Desde muy adentro. . . Como una enseñanza. A veces parece que lo dijera yo mismo, como si estuviera hablando solo, pero no es así.

-Entiendo. Hablas con tu interior.

-Escucho algo que no dije yo mismo, porque no podría decir una cosa que aún no sé. Es algo inesperado, que pasa de repente. Siento una palabra tan cierta que no da lugar a la duda.

-¿Es algo difuso?

-No es difuso ni es espejismo. Es un conocimiento definido, que viene en imágenes, y me dan ganas de darles nombre.

-Eres admirable -volví a reconocer.

-Siento el saludo de mi padre de los cielos, con esas armonías que quieren darse . . . y se dan.

Ya no tuve más palabras para expresarle lo que me hacía sentir. Guardé silencio, pues no necesitaba hablar nada más.

Y ahora que Jesús está mucho más grande, me preguntó :

-¿Has leído a Jeremías?

-Por cierto, creo que es un profeta de gran importancia.

-En ese libro, declara Yavé que hará una nueva alianza con su pueblo.

-Sí, lo recuerdo. "Escribiré mi ley en sus corazones" es lo que dice.

-Y también dice claramente "Todos me conocerán. Limpiaré su iniquidad y perdonaré sus culpas". Lo encuentro grandioso.

-Bendito seas, hijo mío -fue lo único que atiné a exclamar, lleno de alegría, mientras Jesús irradiaba amor.

-También estuve viendo en la sinagoga un rollo muy especial, que no se lo prestan a cualquiera -afirmó pausadamente Jesús-. Es el de Ezequiel. De ahí adopté un nombre con el que me identifico.

-¿Cual nombre? -pregunté, ya que hace mucho tiempo que leí a Ezequiel.

-Hijo del Hombre.

-Ah, sí, si te lo he escuchado. ¿Qué significa?

Me contó que había copiado el texto y me mostró un pergamino enrollado que andaba trayendo. En él pude leer:

"La voz me dijo: Ponte sobre tus pies y hablaré contigo. Entonces, el Espíritu entró en mí, me puso de pie, y pude escuchar la voz diciéndome: Hijo del Hombre, yo te envío a mi pueblo, que se rebela contra mí, de igual forma que lo hicieron sus antepasados".

-Mira -me explicó Jesús-. En el fondo, significa que nací del agua y del espíritu. Del agua del vientre de mi madre y del espíritu de mi Padre.

No supe qué decir. No es fácil entender eso.

-Ese nombre corresponde a un enviado por mi padre de los cielos a transformar a las personas en hijos de Hombre -continuó-. Lo que enaltece al hombre.

-¿Como un profeta?

-Por ejemplo. Hijo de Hombre es todo aquel que ha descubierto la vida que se esconde detrás de la muerte. Es el Hombre Nuevo.

Me admira cómo Jesús es capaz de darse cuenta de lo que es verdadero y lo que es falso.

-También me siento identificado con la palabra que leí en un rollo de Isaías - agregó-. Ahí aparece el lema que me mueve. Es la manera como el padre del cielo me ha dicho mi misión. El me ha enviado con buenas noticias para los humildes, para sanar los corazones heridos, para liberar a los que están cautivos en su propio interior. Para consolar a los que lloran. Para traer cantos de alegría, en lugar de pesimismo.

Jesús ha venido a traer la palabra. Empiezo a creer que eso de “salvar” no se refiere a un futuro remoto ni a lo que hay después de la muerte, sino que es algo de “aquí y ahora”. Se salva el que renace como Hijo de Hombre, en esta vida, limpiando toda su maldad, sus errores, penumbra y tiniebla. El que logra salir de la prisión en que se metió en algún momento. Creo que esto es lo que Jesús enseñará. Me pregunto por qué va a ser tan difícil que lo comprendan.

(fin de la quinta parte.

Continuará)